

me, pecadores, si tal apóstol «andaba siempre con la barba sobre el hombro», si el vaso escogido traía tal miedo, si el que decía, «mas que todos he trabajado con la gracia de Dios,» estaba con recelo; vosotros, no apóstoles, sino apóstatas de la virtud; vosotros, no vasos de elección, sino de ira y condenación; vosotros, no cansados en trabajos por Dios, sino por el diablo, ¿cómo estáis tan seguros? ¿Cómo no haceis penitencia? Dice Cristo nuestro Señor: «Si no hiciéredes penitencia, todos juntos pereceréis;» vosotros no la haceis, luego sois perdidos. ¿O es por ventura que no tenéis pecados de que hacer penitencia? San Juan os desmiente, que dice: Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros; porque nadie hay limpio de pecado, dice Job, ni aun el niño recién nacido.» Pues si tenéis pecados, si sin penitencia no os podeis salvar, sino hay cielo sino para los penitentes, ¿cómo dormís vosotros tan á sueño suelto? ¿Cómo pecáis tan sin rienda? Sois vosotros de los que dice Isaías: «Oid lo que dice Dios, gente bur-ladora; dijistes: Concertado nos habemos con la muerte y tenemos puestas treguas con la sepultura; y así, cuando viniere algun azote no descargará sobre nosotros, porque habemos puesto en mentira nuestras esperanzas, y la mentira nos sirve de escudo y amparo. Pues esperad lo que dice Dios: Un granizo os derrocará vuestras esperanzas mentirosas, y un turbión espantoso os anegará vuestros reparos y baluartes, yo romperé vuestras alianzas que hicistes con la muerte sin mí, y no pasaré por los conciertos que tenéis con la sepultura. Cuando pasare el azote os atropellará y arrancará de sobre la tierra, porque pasará muy de mañana y á la tarde y á la noche y á todas horas, de suerte que no os dé lugar aun para tragar la saliva, y entonces solo el trabajo os abrirá el entendimiento.» Hasta aquí son palabras del Profeta, y destas últimas nació el refrán castellano que dice: «El loco por la pena es cuerdo.» Dice pues Dios: «Oid los que tenéis hecho concierto con la muerte.» Esto dice porque hallaréis unos hombres que jamás piensan que se han de morir, que no les parece que son del metal de los otros; que es lo que dijo allá David: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur*; No entran en la repartición de los trabajos que les vienen á los demás hombres, ni tampoco son azotados con los demás; que parece que los desastres no vienen por sus casas ni los males les saben la posada; antes la enfermedad les huye de miedo y los trata con respeto. Y lo que nace de ahí es, que *ideò tenuit eos superbia, etc.*; que no hay quien viva con ellos, de puro soberbios; y con esto, ni conocen á Dios ni á sí.

## §. LXII.

Pues María, aunque perdonada, habiéndose subido el Señor á los cielos, y venido con sus hermanos, Lázaro y Marta, á Marsella, dándole en rostro todas las cosas de la vida, y cansándole todo lo de acá abajo, determina de apartarse á un desierto, adonde á sus solas

pudiese gozar de la contemplación de su Amado. ¡Oh, qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos y por aquellas breñas! arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente, dejando la tierra, se subía donde vive su Amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalem; viala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música que su dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas que alaban al gran Príncipe del mundo, sin cesar un punto. Cuando consideraba los edificios, no hechos por humanas manos, sino por solo el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza; vía la ciudad puesta en cuadros de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conoemos, como lo dice san Juan en el *Apocalipsi*; porque estaban hechos de jaspes y zafiros, calcedonias y esmeraldas, jacintos y topacios, y de otras muchas que allí se nombran; los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venían á hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engazados en oro purísimo y retocados de la luz y resplandor del verdadero Sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas desta bienaventurada ciudad son de oro limpisimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno; no la furia de los vientos combaten los empinados árboles ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas; aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el *folium ejus non defluet*, que dijo David; antes dura una apacible templanza que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas, y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas y rubíes y claras perlas y piedras del Oriente. Aquí las rosas son mas hermosas y de olor mas suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes mas que cristal deshecho; el agua es mas dulce, el gusto de las frutas mas suave. ¡Oh vida verdaderamente vida! Oh gloria que sola eres gloria! Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor, no hay enfermedad; no llega á tí muerte, porque todo es vida; no hay dolor, porque todo es contento; no hay enfermedad, porque Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor, tus vecinos son enamorados; en tí todos aman, su oficio es amar, y no saben mas que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa y únense con una cosa: *Unum est necessarium, unum est necessarium*. Dice el gran Corifeo del cielo: Acá,

*turbaris ergo plurima*; allá, *unum est necessarium*. Cuando María trataba de mundo, cuando andaba con el mundo, cuando seguía el hilo del mundo, turbábanla muchas cosas, porque el mundo, como mendigo, da siempre cinco de corto, son menester muchas cosas, por eso se buscan y siguen; pero, porque en ninguna de las de acá se hallan todas las que nos faltan, por eso buscamos y amamos muchas cosas; porque en unas y con unas hallo lo uno y remedio una necesidad, y con otras otra; de suerte que con muchas remedio algunas necesidades, y con ninguna todas, que eso no lo saben hacer las cosas del mundo. Este, si da hacienda, no da honra; si hacienda y honra, no da salud; si hacienda, honra y salud, no da contento; de suerte que cuanto tiene es poco y cuanto da es escaso; y así, nos turbamos entre tantas cosas; pero *unum est necessarium*; Una sola cosa es necesaria, en uno se hallará sobrado lo que en muchos falta. Esta deseaba el profeta David, esta buscaba y por una sola cosa sospiraba cuando decía: *Unam petií à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee*; Una sola cosa le pedido al Señor, y yo la buscaré, que es vivir en su casa todos los días de mi vida. Es el *unum est necessarium*, porque allí en la casa de Dios se halla todo el bien, nada falta; y en uno, que es en Dios, se tienen todas las cosas; y así, alcanzado este uno, se tiene todo lo que desea el alma, y no es menester distraerse en amar mas que á Dios, porque, lo que buscamos, ó es vida, pues *ego sum vita*, dice este gran Dios, ó que esta vida sea eterna, pues «el que me come tiene vida», dice por san Juan, y que esta vida no tenga enfermedad ni dolor; porque, donde esto hay no puede ser eterno, pues «el Señor es mi luz y mi salud», dice David; y que esta vida sea rica para que no ande mendigando el alma, pues gloria y riquezas hay en su casa. Si ha menester contento y alegría esta vida, *Ecce habitabunt sancti in gloria, lætabuntur in cubilibus suis*; Alegrarse han los santos en la gloria y regocijarse han, y harán saraos en sus moradas. Pues si se busca paz y union, en paz en él mismo holgaré y descansaré, dice David. De suerte que ninguna cosa nos dejó que desear que no la hallásemos por junto en Dios, porque la muchedumbre no nos turbase y distrajese. Pues á esta celestial Jerusalem se subía la Madalena con el pensamiento; y puesta en aquel desierto, arrebatada en espíritu, se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria, adonde vía lo que ni los ojos vieron, ni oyeron las orejas humanas, ni cupo jamás en terreno pensamiento lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oía resonar toda aquella celestial ciudad con las voces angélicas que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y Padre de la naturaleza; pero, sobre todo, vía salir aquel Cordero divino, la lana mas blanca que la nieve por hollar, que, repastado por los prados de la gloria, va cercado con mil coros de vírgines bellas, coronadas de flores que jamás se marchitan, que con danzas y canciones siguen:

Al cordero que mueve  
Con el cándido pié el dorado asiento,  
La lana mas que nieve,  
Cuajada allá en el viento,  
En cuya mano va el pendon sangriento.

Hablo de aquel cordero,  
En celestiales prados repastado,  
Que al lobo horrendo y fiero,  
De duro diente armado,  
De la garganta le quitó el bocado.

De aquel que abrió los sellos,  
Que fué muerto, mas vive eterna vida;  
Y los misterios dellos  
Con su luz sin medida  
Mostró, su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas,  
Con hermosas guirnalda coronadas  
De jazmines y rosas,  
Y á coros concertadas,  
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,  
Hechas unas divinas mariposas,  
Arden libres de ofensa;  
Y el fuego mas hermosas  
Vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía  
Tienes la siesta junto á las corrientes  
Del agua clara y fria,  
Del amor impacientes  
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque las arrebatada  
El dulce olor quel ámbar tuyo espira,  
Y el blando amor las ata,  
Que en sus pechos aspira,  
Pues siempre te ama el que una vez te mira.

Allí tú les repartes  
A los esposos premio muy subido,  
Y das tambien sus partes,  
Conforme á lo servido,  
A las esposas que acá te han seguido.

Andas en medio dellas,  
Dando mil resplandores y vislumbres  
Como el sol entre estrellas;  
Y en las subidas cumbres  
De los montes eternos das tus lumbres.

Digo en los serafines,  
Que son de la mas alta jerarquía;  
De allí á los querubines  
Tu resplandor envía  
El alta ciencia por oculta vía.

Y en los tronos sentado,  
Como supremo rey, riges el cielo;  
No es asiento estrellado  
De cristalino hielo,  
Que ese le guarda para los del suelo;

«Mas es vivo y estable,  
Lleno de resplandor y de hermosura,  
Y el ser invariable  
De la silla segura  
Del gran Padre del cielo es la figura.

Que con su entendimiento  
De infinita virtud, con que se entiende  
Pregado el pensamiento,  
Un resplandor enciende  
De aquella luz eterna que en sí atiende.

Y un espejo produce  
Sin marcha, que es el Hijo y su cordero,  
Imágen do reluce  
Todo su ser entero,  
Que no le negó el Padre un solo cero.

Y porque al engendralle  
Tuvo el Padre á sí mismo por objeto,  
Se nos manda llamalle,  
No con nombre de efeto;  
Mas su Hijo, su Verbo ó su conceto.

Al Hijo le responden  
Los querubines, que de ciencia llenos,  
Antel Hijo la esconden,  
Como bienes ajenos,  
Que de su inmenso mas tienen lo menos.

Miranse el Padre y Hijo,  
Y siendo sumo bien, suma belleza,  
Con gloria y regocijo,  
Amando su pureza,  
Producen del amor la suma alteza.

El Espíritu Santo,  
Aliento, vida, ser, fuente, gobierno  
De cuanto cubre el manto  
Del cielo, es dulce, es tierno,  
Blando, amoroso, al fin es bien eterno.

Lazo del Padre y Hijo,  
A quien los serafines amorosos,  
Con sumo regocijo,  
De tanto bien gozosos,  
Representan amando temerosos.

De un temor de respeto,  
Y así, cuando acullá los vió Isaias,  
Con ser lo mas perfeto  
Entre las jerarquías,  
Segun nos consta por diversas vías,

De seis alas ceñidos,  
Cantaban aquel Santo, Santo, Santo,  
Los rostros escondidos;  
Que, aunque es divino el canto,  
No igualaba á aquel Dios de tanto espanto.

Ni yo en mi canto digo  
De esotras jerarquías que le alaban;  
Maria es buen testigo,  
Pues á verla bajaban,  
Y allá en la soledad la acompañaban.

Y ella á veces subia,  
De la fuerza de amor arrebatada,  
Al cielo, adonde via  
Aquella alta morada,  
A do de amor quedaba desmayada.

Mas el cuerpo terreno  
Le quitaba de presto este reposo;  
Y al fin tenia por bueno  
Lo que queria su esposo,  
Sufriendo este destierro congojoso.

Y aguardaba la muerte,  
Que deshaciendo el lazo y cerradura  
Del cuerpo, en mejor suerte  
Trocase la ventura  
De tan larga vivienda, esquiva y dura.

Estos eran los sonetos de gloria que María oía cantar en aquella ciudad celestial de Jerusalem; allí seguía ella á su dulce Esposo; hablábale, acompañábale, estábale con él. ¡Oh dulce descanso y glorioso paraíso el que tiene María en la soledad! Cuando volvía á bajar con el pensamiento y se hallaba en aquella soledad, ajena de su gloria, allí eran las lágrimas, allí el suspirar y romper el aire con querellas, allí el quejarse tiernamente porque su Amado no la llevaba consigo; allí era el importunar á los ángeles y el conjurarlos por los cervatillos de los bosques, que cuando vieses al que amaba su alma que le dijese que estaba enferma de amor. Pues preguntemos agora á María, á esta etiopisa en el cuerpo, á esta mujer tostada de la fuerza del sol: Decidme, santa, ¿no sois vos aquella Madalena que en otro tiempo derrocábades tantos en el infierno? No sois aquella famosa mujer que con vuestros ojos robábades mil corazones? No sois vos la de los trajes, la de las invenciones y galas, la de los paseos y sarasos, la de los servidores y billetes, la acompañada y servida y celebrada por tan dama? Sí. Pues ¿dó la vida pasada, dó los galanes? ¿Son por ventura las fieras y robles deste desierto? ¿Dó las galas y trajes? ¿Son este cilicio de que andais vestida? ¿Dó las suntuosas casas, las salas y aposentos colgados? ¿Son esa cueva oscura? ¿Dó las camas de seda y los colchones de pluma? ¿Son por ventura ese suelo duro? ¿Dó las músicas y sonetos y letrillas nuevas? ¿Son quizá esas lágrimas y suspiros con que rompéis el aire? *Nolite me considerare quod fusca sim quia decoloravit me sol*, dice María; No mireis á que soy morena, porque me ha soleado y teñido el rostro el sol; no este que alumbraba el suelo, sino el Dios de mi alma, el sol de inaccesible claridad, cuyo amor me abrasa, con cuyo resplandor me enciendo; este me ha soleado, este me tiene tal. Pues decidme, pecadores, si tras tal perdon hace María tal penitencia, ¿qué esperais los que no habeis oído de la boca de Dios el *Remittuntur tibi peccata tua*? Y si María se trata así, ¿quién osará alegar flaqueza ni ternura para no hacer penitencia? Quién dirá que no tiene fuerzas? ¿Veis aquí esta mujer criada en regalo? Santa era, rica era, moza, hermosa, libre, poco hecha á asperezas, y tiene fuerzas para vivir en un desierto, para sufrir el rigor del sol y la aspereza del invierno. Pásase con raíces de yerbas, sin vestido, sin cama, sin regalo, sin compañía, sin trato ni conversacion humana; pues vos, pecador, ¿qué excusa os será buena para delante de Dios? *Ideo ipsi iudices vestri erunt*, dijo Cristo á los judíos; Los de Ninive y los de las Indias y vuestros mismos hijos serán jueces de vuestro pecado; las niñas, una santa Inés, una santa Agueda y una santa Catalina, serán vuestros jueces en el juicio; que, siendo niñas y flacas, pudieron hacer penitencia, y sin tener vuestros pecados, y al cabo pudieron dar la vida por

Dios y esperar los tormentos y derramar sangre; y vos, pecador abominable, lleno de pecados y maldades, ¿hacéis del regalado y tierno, y pensais que os ha de dar Dios el cielo de balde? Al fin, habiendo la gloriosa Madalena pasado muchos años de soledad y penitencia, determinando el celestial Esposo de dar el premio de tanto amor á esta su amadora, llevóla para sí. Llegó aquella bienaventurada hora, tanto tiempo deseada de María; y yo tengo por cierto que á aquella sazón bajó el celestial Esposo vestido de fiesta, alegre y dando vida á cuanto miraba, y que vino acompañado de millares de ángeles; y llegando á aquel desierto, haciendo paraíso aquellas montañas, comenzó á decir con una voz tan dulce, que bastaba á resucitar los muertos: *Surge, propera, amica mea, et veni*; Ea levantáos, amiga mía, y dejad ya ese cuerpo mortal; ya es pasado el invierno, ya son acabados los trabajos de la vida, ya es llegada la primavera de la gloria, ya comienzan á florecer las viñas y á dar olor, ya se oye la voz de la tortolilla, que gime sobre el olmo. Vení pues, amiga mía, y seréis coronada; mirad que os espero, dóis prisa. Oyendo

María la voz tan deseada y tan conocida del Príncipe del cielo, deshecha en amor y ternura, respóndele: «Oh Rey de gloria, dulce Amado mio, conozco la deseada presencia tuya; ya el alma desea ir á tí. Veo ese hermoso rostro y oyo tu voz mas suave que la de los espíritus celestiales; mi espíritu ha resucitado como de un profundo sueño; mucho há que te aguardaba para gozarme contigo en tu gloria; ya veo cumplido mi deseo, ya te veo, ya te oigo, ya te tengo, ya no te dejaré jamás. Agora, dulce Señor mio, cesará mi miedo de perderte; ya no te lloraré difunto ni te buscaré hurtado. Siempre, Rey mio, te tendré conmigo y yo estaré contigo. Pues recíbeme en tus brazos, Señor, que para tí me voy; encomiéndote mi alma, que se va para tí.» Y diciendo esto, sale aquella alma gloriosa y recíbela y abrázala consigo, y comienza á cantar toda la capilla del cielo, y con música y pompa sube á triunfar y reinar en aquel eterno reino de la gloria, adonde se goza con su Amado y Dios y Señor, que vive por todos los siglos sin fin. Amen.

LAUS DEO ET VIRGINI.

PIDIÓME vuesamerced que le expusiese algunos versos del salmo 88, que comienza: *Misericordias Domini cantabo*, aplicándolo á las muchas mercedes que de mano del Señor ha recibido. Parecióme el deseo muy santo, y la petición justa; porque tengo entendido que muchas mercedes nos deja de hacer nuestro buen Dios por serle desagradecidos á las ya hechas; y el pecado de la ingratitud es muy vil, y que lo castiga Dios con mucho rigor, como parece de los muchos ejemplos de que está llena la Escritura sagrada; pero parecióme que el salmo no era muy apropiado para acomodalle al intento de vuesamerced, y que otros había que eran mas abundantes en esa materia. Todavía, por no burlar el buen deseo de vuesamerced, he querido probarme á decir algo sobre el primer verso, poniéndole en el mismo latin por remate de algunas octavas, en las cuales se pinta un hombre apartado del ruido del mundo y que ha dado consigo en la soledad, adonde hace alarde de las mercedes que de la mano de Dios ha recibido. Después al cabo habla algo de lo que la Esposa dice en los *Cantares*. Bien sé que viniera bien que lo dijera la Madalena cuando estaba en el desierto; pero he querido yo decírmelo, pues aunque no estoy en los campos, estoy en la soledad de la religion, y no me ha hecho Dios á mí menos mercedes ni me ha perdonado menos ni menores pecados que á la Madalena, antes muy mayores. Y así, como mas obligado, he querido alzarme con el cantar las misericordias del Señor, á quien plega de llevar adelante en mí las que ha hecho conmigo desde que nací hasta hoy.

Hermoso sol, que en medio de ese cielo  
La vida vas midiendo á los mortales;  
Bóvedas de cristal, que á los del suelo  
Dais ser con vuestros cursos celestiales;  
Luna, quel eje, frio mas que hielo,  
Gobiernas en las noches desiguales;  
Fieras deste desierto, estadme atentas,  
Así quedeis de flecha y arco exentas;

Sedme testigos fieles de mi canto,  
No tañido en la dulce arpa de Orfeo,  
Mas en la de aquel rey ilustre y santo,  
Del cielo nuevo Pindaro y Alceo:  
No de algun dios fingido es de quien canto,  
Ni de su fabuloso devaneo;  
Mas, pues me hizo hijo, siendo esclavo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

¿Por do comenzaré, bondad inmensa,  
Este mar de mercedes que me diste,  
Pues es el comenzalle hacerte ofensa,  
Siendo infinito lo que en mí hiciste?  
Yerra por cierto quien contallo piensa.  
Pues ¿callaré? No, no, que amor resiste,  
Y dice el alma: Puesto que no hay cabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

Tú, sol de luz eterna, por quien viene  
El claro resplandor al alma mia,  
En el sagrado pecho que en sí tiene  
Del mundo y cielo el lazo y armonia,  
Viste al principio cuanto se contiene  
Del suelo á la mas alta jerarquía,  
Y allí me viste á mí, que hora te alabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

Mirando el claro espejo de tu esencia,  
Adonde tiene vida lo que es hecho,  
Sacando del tesoro y rica ciencia  
La imágen entallada allá en tu pecho,  
Hiciste al hombre, porque en tu presencia  
Esté, como si fuera de provecho;  
Y pues que tal merced no tiene cabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

Hicíste me á tu imágen; oh grandeza;  
No dicha de los ángeles del cielo!  
¿En tan bajo sugelo tanta alteza?  
¿De cielo el alma? ¿El cuerpo de vil suelo?  
¿Que es posible que pudo tu destreza  
Engastar un espíritu en tal velo?  
Mas, pues que de tus obras soy yo el cabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

Por mí, Señor, la máquina criaste  
Del mundo, y cuanto el ancho cielo encierra;  
Y en medio de tus obras me asentaste,  
Como rey y cabeza de la tierra;  
Cuanto hiciste, á mí lo sujetaste,  
Sin reservarte cosa en valle ó sierra;  
Y pues que tanto debo, diré al cabo  
*Misericordias Domini cantabo.*

Bastaba esto, mi Dios; mas tu amor puro  
No quiso consentillo, y dijo, es poco;  
Y así, me diste un ángel que seguro  
Me guarde en cuanto hago, digo y toco.  
Y aun tú mismo, Señor, eres mi muro,  
Que tú me engrandeciste y yo me apoco;  
Mas, porque sepa el mundo en qué te alabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*

No fué merecimiento de mi parte,  
Mas fué misericordia sola, y tuya  
El darme de tu gracia aquella parte,  
Que la gloria le da al alma, que es suya.  
Pues di, gran Dios, ¿quién bastará alabarte  
Sin que de miedo el corazón le huya?  
Pues no bastó David, y dijo al cabo:  
*Misericordias Domini cantabo.*

Vida del alma, que en tu amor se apura,  
Dulce descanso del cansado y pobre,  
Disteme vida, y vida que asegura,  
Porque si en mí la pierdo, en ti la cobre.  
Triste de mí, que el alma seca y dura  
Pecó, y trocó su rubio oro por cobre,  
Y al fin, la hermosura que le diste  
Se tornó en una noche oscura y triste!

Y lo que en mi pecado mas me espanta  
Es que, perdido el rayo de tu lumbre,  
Con tenerme el infierno en su garganta,  
Vuelta en naturaleza la costumbre,  
Previniéndome allí tu gracia santa,  
Que me miraba desde la alta cumbre,  
Me era tan dulce el mal en que me via,  
Que, aunque tú me llamabas, no te oía.

Mi ofensa de peñado me llevaba,  
Ciegos los ojos del conocimiento;  
Yo, miserable y pobre, no hallaba  
Sino era en el pecar contentamiento.  
Padre piadoso, allí disimulaba,  
Tu bondad, que miraba de su asiento  
Esta oveja perdida, que á la muerte  
Corría, á do jamás pudiera verte.

Ya estaba cerca del oscuro lago,  
Ya el fuego me esperaba que allí ardía,  
Ya se vía el horrendo y grave estrago  
De los que allí padecen noche y día;  
Ya estaba de mis males cerca el pago;  
Yo, ciego, ni aun mi daño conocía,  
Como hace el frenético que canta  
Cuando está con la muerte á la garganta.

Tú, Padre piadoso, en aquel punto  
Con profundo consejo me esperabas;  
Amábame, y sufrías allí junto,  
Aunque á aquella sazón disimulabas;  
Como en Nain hiciste, que al difunto  
Mozo á la misma puerta le aguardabas;  
Que sabes, Señor, cuando conviene,  
Dar tu socorro á aquel que no le tiene.

Así, cuando mi alma, mas dormida,  
De ti y de sí olvidada, en su carrera  
Corría á rienda suelta, á do la vida  
De cuerpo y alma junta se perdiera,  
Diste un grito: «¿Dó vas, alma perdida?  
Detente, vuelve á mí, espera, espera;  
Que no te hice yo para el infierno,  
Sino para gozar de un bien eterno.

¿Por qué dejas la fuente de agua clara,  
Y bebes de la turbia agua de Egipto?  
¿De balsas cenagosas, alma cara,  
Gustas, dejando á mí, mar infinito?

En esas beberás la muerte avara,  
En las mias un bien, que no está escrito,  
Y una fuente tendrás en ti escondida,  
Que llegará hasta darte eterna vida.»

Dijiste así, y en ese punto el cielo  
Se rompió, y una luz alegre y pura  
Desbarató de mi tiniebla el velo,  
Y ahuyentó mi noche negra, oscura.  
El rayo de tu amor deshizo el hielo  
Que en mi pecho causó mi desventura;  
Cesó el curso mortal, y paré luego,  
Escapando por tí de eterno fuego.

Ya soy tuyo, mi Dios, ya tú eres mío,  
Ya yo te me di á tí, y tú te me diste,  
Y en tu bondad, oh Rey de gloria, fio  
Que no me veré ya en el estado triste;  
Ya del invierno se ha pasado el frío,  
La primavera alegre es quien me viste,  
Y el alma de mil flores hermosea,  
Que en solo arder y amarte á tí se emplea.

Vén pues, Amado mío, que las flores  
De mil colores pintan la ribera,  
La tortolilla llama á sus amores,  
Y nuestras viñas dan la flor primera;  
¿No sientes ya, mi Amado, los olores  
De las silvestres yerbas? Sal pues fuera,  
Vámonos al aldea, y cogéremos  
Las rosas y azucenas que querrémos.

Allí, cuando el jardín del rico oriente  
Abra la clara aurora, y enfrenando  
Los caballos del sol, saque el luciente  
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando,  
Saldrémos á la huerta, á do la ardiente  
Siesta, en alguna fuente conversando,  
La pasarémos bajo algun aliso,  
Y no habrá para mí mas paraíso.

Y cuando el rubio Apolo, ya cansado,  
Los sudados caballos zabullere  
En el hispano mar, y algun delgado  
Céfiro entre las ramas rebullere,  
Y el dulce ruseñor del nido amado  
Al aire con querellas le rompiere;  
Entonces mano á mano nos irémos,  
Cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, ¡oh dulce Esposo!  
Allí me gozaré á solas contigo,  
Allí, en aquel silencio, alto reposo,  
Tendré, mi Amado, en verte allí conmigo;  
Allí en fuego de amor; ¡oh mas hermoso  
Que el sol! me abrasaré, y serás testigo  
De que te amo así, que por tí solo  
El día me es oscuro, y negro Apolo.

Allí te alabaré, y en dulce canto  
Contaré las grandezas que me has hecho,  
Y contaré cómo tu brazo santo  
Con celestial poder rompió mi pecho,  
Y me libró del reino del espanto,  
Movido por amor de mi provecho;  
Y será de mi canto el fin y cabo,  
*Misericordias Domini cantabo.*